

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 99.—BARCELONA 24 DE MARZO DE 1916



Soldados argelinos (mahometanos) prisioneros en el campo de concentración de Zossen (Alemania)

CRONICA INTERNACIONAL

I. El presupuesto inglés.—II. El nuevo beligerante.—III. El egoísmo de los poderosos de la tierra

I.—El presupuesto inglés

El presupuesto para los Departamentos civiles y la Deuda, presentado por el Gobierno al Parlamento inglés, importa 86.893,952 libras, contra 90.462,916 concedidas para el ejercicio de 1915-16. Hay, pues, una economía de más de 3.500.000.

Las economías principales son: Palacios reales, 55.700 (65.250 en 1915-16); Parques reales y jardines de recreo, 99.000 (121.400); Casas del Parlamento, 49.600 (74.000); Construcciones de arte y ciencias, 70.200 (105.890); Construcciones diplomáticas y consulares, 29.900 (49.440); Construcciones de la Hacienda, 580.600 (788.000); Construcciones de seguros y trabajo, 147.900 (226.800); Vigilancia del Reino Unido, 56.030 (174.920); Construcciones públicas de la Gran Bretaña, 624.400 (843.600); Trabajos públicos en Irlanda, 191.354 (280.585). La economía en Trabajos públicos y Construcciones resulta, por consiguiente, de mucha importancia.

Las disminuciones más notables se hacen en: Cámara de los Comunes, 285.162 (320.249); Departamento de Agricultura, en Irlanda, 148.170 (169.406); Prisiones, Inglaterra y Colonias, 680.090 (777.990); Museo Británico, 128.599 (148.645); Comisiones temporales, 17.000 (35.000); Seguros nacionales, 208.709 (618.275); Seguros de trabajo y sin empleo, 918.262 (1.034.430); Oficina fiscal, 83.092 (113.603).

Con economías y todo, el presupuesto inglés es verdaderamente formidable. Las economías, aunque no despreciables, no parecen corresponder a lo grave de la situación financiera a causa de la guerra, y es que Inglaterra, pese a lo tremendo de las circunstancias, se siente fuerte y cuenta con los inagotables recursos de sus colonias. Hay que notar que las principales economías—en trabajos públicos y seguros—no lo son de hecho, porque la escasez de obreros impone la disminución de actividad en las obras, y las pensiones a los soldados heridos o inutilizados descargan en gran parte el capítulo de pensiones a los

obreros. La economía verdad excede poco de dos millones de libras, o diez millones de duros oro.

A los ministros se les pagará en adelante en títulos del empréstito de guerra la cuarta parte de su sueldo, y el resto en oro, pero se ha puesto la cláusula de que podrán canjear a voluntad y en cualquier momento aquellos títulos por efectivo. Como esa aclaración ha sido exigida sin duda por algún ministro, que temía que la entrega de los títulos equivaliera a un descuento de 25 por 100 de su sueldo, el asunto ha sido muy comentado, y no favorablemente, en Inglaterra.

II.—El nuevo beligerante

La incautación por el Gobierno portugués de los barcos mercantes alemanes anclados en el Tajo, ha provocado la declaración de guerra de Alemania a Portugal. Las relaciones que mediaban entre los dos países eran extremadamente anómalas. En Africa, portugueses y alemanes habían hecho armas, al principio de la guerra, con poca fortuna para los primeros; después, Portugal, apremiada por Inglaterra, entregó a ésta su mejor artillería de campaña, otro material y muchas municiones; llegóse a preparar una división movilizada, para llevarla a pelear al lado de los ingleses, pero, sea por dificultades interiores, bien porque Inglaterra cesara en sus demandas, se suspendieron los preparativos. No obstante, Alemania no rompió sus relaciones con Portugal ni retiró a su ministro en Lisboa: bien a las claras advertía que la República lusitana era un simple satélite de Inglaterra, pero le interesaba mucho conservar los 36 barcos fondeados ante Lisboa, que serían confiscados por los portugueses al primer asomo de conflicto. La incautación ha tenido, por fin, lugar, y con ella la declaración de guerra, cuya primera consecuencia ha sido declararse en crisis el Gobierno portugués.

No era menester que se declarara, para saberlo, que Portugal se ha apoderado de los barcos alemanes por mandato, instigación o como quiera llamarse, del Gobierno de Londres; simultáneamente, Inglaterra ha hecho a Portugal un anticipo de dos millones de libras esterlinas, ampliable por otros dos. Se ha repetido por centésima vez el caso de que Inglaterra con su oro mueve a los pueblos que han tenido la desgracia de caer dentro de su esfera de influencia, y protege a los débiles enviándoles a la guerra y a la ruina.

Nada puede esperar Portugal si el triunfo es para sus aliados; cuando más, un nuevo empréstito, que rinda buenos beneficios a los capitalistas de Londres. En cambio, si son vencidos, tiene mucho que perder, porque todavía conserva extensas y pingües colonias. De aquí que no haya dado aquel paso de la incautación de los barcos, ni antes el de la entrega del material de guerra, espontáneamente, ni esas medidas respondan a un estado declarado y unánime de la opinión pública. A causa del desorden financiero que impera en Portugal hace muchos años, agravado en los últimos tiempos por los disturbios y la intranquilidad, el Gobierno necesita de recursos para el Estado—mal endémico allí—y tiene que someterse a lo que le dicta su interesado aliado, Inglaterra, que abre la bolsa cuando le conviene de un

modo muy particular. De aquí que la aparición de ese nuevo beligerante, probablemente *in partibus*, en la gran contienda, no sea en el fondo más que un mero incidente de la política inglesa. Dada la situación en que se encuentra Portugal, tiene que obedecer dócilmente a Londres, y no es ella responsable de lo que ha hecho; cuando más, cabrá reprocharla de extremada debilidad, de falta de espíritu independiente.

Bien mirado, ¿es que Portugal no puede contar con otro apoyo que el de Inglaterra? ¿No tiene medios de sacudir esa semi-tutela que la está llevando a la ruina? En las actuales circunstancias, no. Si antes se hubiese mostrado más cauta, sí.

Gracias a la alianza con Inglaterra, Portugal conserva sus colonias, mientras que nosotros hemos perdido las nuestras. Pero gracias a dicha alianza, Portugal se encuentra hoy en el estado tristísimo que es ella la primera en lamentar con amargura, mientras que nuestra posición interior ha mejorado. Si las colonias—como antes las nuestras—son un vivero de beneficios para algunos negociantes e industriales, y brindan buenos puestos a varios funcionarios, el país, la metrópoli, en cambio, están en la miseria. ¿No hubiera sido mejor que se salvara la metrópoli, a costa de las colonias? En nuestros tiempos, las colonias son un lujo para los países pobres, y sólo producen ventajas a los poderosos; por sostener aquel lujo, Portugal cayó en las mallas de las redes británicas, y hace ya mucho tiempo, que es un simple juguete de su altiva y calculadora aliada. No para en esto la política inglesa. Para que Portugal fuera a buscar lejos recursos y apoyo que encontraría más cerca y con más cariño, era menester distanciarla de España, había que inventar el llamado *peligro español* (1), que encontró eco en los corazones lusitanos, amantes, como hijos de la madre Iberia, de su independencia sobre todas las cosas. Esa política, seguida con la tenacidad inglesa hace ya tres siglos, ha dado sus naturales frutos. España y Portugal a las que ningún obstáculo de la naturaleza separa y cuyas tierras son bañadas por los mismos ríos, viven alejadas la una de la otra, sin conocerse, sin estudiarse, sin apenas tratarse; lusitanos y españoles estamos tan apartados los unos de los otros como podríamos estarlo de la China. Jamás la historia ha presenciado un hecho tan insólito y tan funesto para las dos partes. En nuestros días, Noruega se separó de Suecia y se constituyó en reino independiente; a pesar de que una gran cordillera las divide geográficamente—lo que no ocurre en Iberia—los dos pueblos, habitantes de la misma península, comprendieron que su interés principal consistía en marchar de acuerdo como buenos hermanos, y de ello están dando continuo ejemplo desde que estalló la guerra. No así los portugueses y nosotros; nuestras espaldas debieran de apoyarse mutuamente para hacer frente al enemigo común, viniera de donde viniera, porque todo aquel que amenace a una de las naciones ibéricas forzosamente amenaza a la otra, como la historia lo indica desde los tiempos más remotos; pero nuestras espaldas no se apoyan en las del hermano, para ser más fuertes los dos países, sino que simplemente nos las hemos vuelto, cada uno al otro; y ellos son débiles y nosotros también. Este es el fruto más triste para los dos pueblos ibéricos, de la previsora y maquiavélica

política inglesa; procura que los pueblos sean débiles y estén mal avenidos, y así te necesitarán y los manejarás a tu antojo. Albión es la culpable, pero ¿no se podía haber hecho algo más contra esos manejes?

Como vecinos que somos, natural es que en el proceso de los tiempos hayamos tenido disensiones y guerras con los portugueses, porque es ley humana que riñan los que están al lado y no los que se hallan lejos y con quienes no se tiene trato; lo deplorable es que las heridas aún no se hayan cicatrizado, y quede un rescoldo que ni siquiera el supremo interés de la independencia nacional baste a extinguir.

En esta situación, nuestra superioridad actual nos impide dar el primer paso para una aproximación íntima y feliz; podría ser mal interpretado. Espere-mos que la guerra termine y se liquiden todos los problemas que hay en pie; aquel día, cuando Portugal, desengañada y empobrecida, abra los ojos y vea la conducta de sus aliados, encontrará abiertos nuestros brazos. ¿Vendrá a ellos, no para perder su personalidad, sino para encontrar el afecto y el calor de la sangre, que en vano ha buscado en otra parte? Dios lo quiera.

Entre tanto, compadezcamos de corazón a los lusitanos, y deseemos que el destino no les envuelva directamente en la oleada de sangre que consume a Europa.

III.—El egoísmo de los poderosos de la tierra

Asistimos una vez más al espectáculo de los egoísmos nacionales, que es lo único que se saca en claro cuando se exprimen los conceptos de libertad, derecho, justicia y otros vocablos, que es de desear queden desacreditados para siempre: tan torpemente se les emplea.

Mientras Francia contempla con el corazón oprimido los formidables golpes del ariete alemán y se estremece viendo la resolución rectilínea de su tremendo adversario, que al paso de sus legiones hace temblar la tierra, Rusia se entrega a la orgía de extenderse por Armenia y Persia, olvidando que tiene al enemigo muy adentrado en Europa; Inglaterra continúa su eterna preparación, que linda ya con lo ridículo; e Italia envía sus exploradores a los Alpes del Tirol y vigila en Valona. Muchos son los aliados, pero cuando el águila germana cae sobre uno de ellos, parece que a los demás les hace falta tiempo para refugiarse en casa.

Escarmentada debió de quedar Rusia del eficazísimo auxilio que prestó a Francia y que dió lugar a la retirada del Marne; el nombre de Tannenberg sonará fatídicamente para los rusos durante muchos siglos; además, Rusia se vió atacada y desmembrada, sin que ni los franceses ni los ingleses hicieran nada por socorrerla. En justicia, no pueden ahora quejarse nuestros vecinos del Norte, si los rusos no les tienden una mano amiga. *Do ut des*. Pero no se trata aquí de esto. Rusia, no cesa de repetirlo, con su campaña en Armenia, labora de un modo resuelto y eficaz en provecho de los aliados; los turcos tendrán que acudir al peligro que ha aparecido en el Cáucaso, y, por consiguiente, desistirán de su ataque a

Egipto y no podrán llevar más tropas a Mesopotamia; es cierto, o puede serlo, pero este auxilio ¿a quién favorece? A Inglaterra, exclusivamente a Inglaterra. Francia nada tiene que perder en aquellas regiones de Asia y Africa, ni le importan nada.

Italia, por su parte, contiene a los austriacos (ahora, los contiene; antes, creía barrerlos), y sosteniéndose en Valona (con lo que mejora su posición en el Mediterráneo, con menoscabo de Francia), impide que los imperiales se instalen en Salónica y amenacen el canal de Suez. Es decir, que el provecho, si alguno hay para quien no sea italiano, es para Inglaterra.

Esta, tan desaprensiva como de costumbre, ve en los ataques a Verdun una posible solución a la guerra. Puesto que los alemanes—dice—golpean contra el gran baluarte francés ha llegado la ocasión de resolver de una vez la guerra. ¿Atacando en Flandes? No. ¿Llevando un ejército inglés a Verdun? Menos. Todo se reduce a que los alemanes se destrocen en su choque con los franceses, y aprovecharlo para llevar grandes ejércitos a Oriente, y destrozarse por completo y de raíz a... Turquía, que no es lo mismo que Alemania.

Con ello, le ha tocado ahora a Francia servir de cabeza de turco, en tanto que Inglaterra va beneficiándose de los esfuerzos ajenos. Bien empleado le está a Francia. Olvidando la tradición de diez siglos y enterrando toda su historia, en los últimos cincuenta años se ha entregado en alma y vida a una política de apasionamiento, sostenida artificiosamente, pero que a la larga concluirá, porque las aguas vuelven indefectiblemente, por fuertes que sean los diques, a sus cauces naturales. ¡El Rhin, el Rhin! ¿Y por qué no el Rosellón?, decimos nosotros. ¿Y por qué no el Delfinado y la Saboya?, dicen los italianos. ¿Acaso las fronteras son inmutables para una nación y para sus vecinos no? Por encima de pequeñas rectificaciones de fronteras, que nada significan, está el supremo interés de la nación; y, o estuvieron locos todos los franceses desde los principios de la edad media, o ese interés no se encuentra en el centro de Europa, sino en el Atlántico.

Grande es la habilidad de los ingleses; con todo, el peso de la invasión comienza a devolver la cordura a los franceses. Gran fortuna será para todos que la recobren el día de la paz, y que al fin Inglaterra recoja los vientos que ha sembrado, y tengan término esa funesta teoría de los pueblos fuertes y débiles y ese acomodaticio aforismo de que unos han de mandar a su antojo y a los otros sólo les cumple obedecer y sufrir las humillaciones y expoliaciones. ¡Cuán diferente sería el mundo si se hubiesen realizado los propósitos del primer Napoleón!

Francia se había acostumbrado a que los rusos soportaran la parte más dura de la guerra. La campaña de trincheras no producía un vivo dolor, se creía que manteniéndose a pie firme los franceses, los rusos acabarían por consumir las fuerzas alemanas, y que Inglaterra, en último término, haría por Francia lo que no hizo por Bélgica. El engaño es grande, aunque injustificado. En la hora de las tribulaciones, los falsos amigos desaparecen, y merecen ese dictado de falsos los que nos ofrecen interesados servicios con su cuenta y razón, y pensando en ellos y no en nosotros. Sin embargo, aún necesita pasar

por trances más amargos para que Francia, por fin, encuentre su antiguo buen sentido.

F. LARIN.

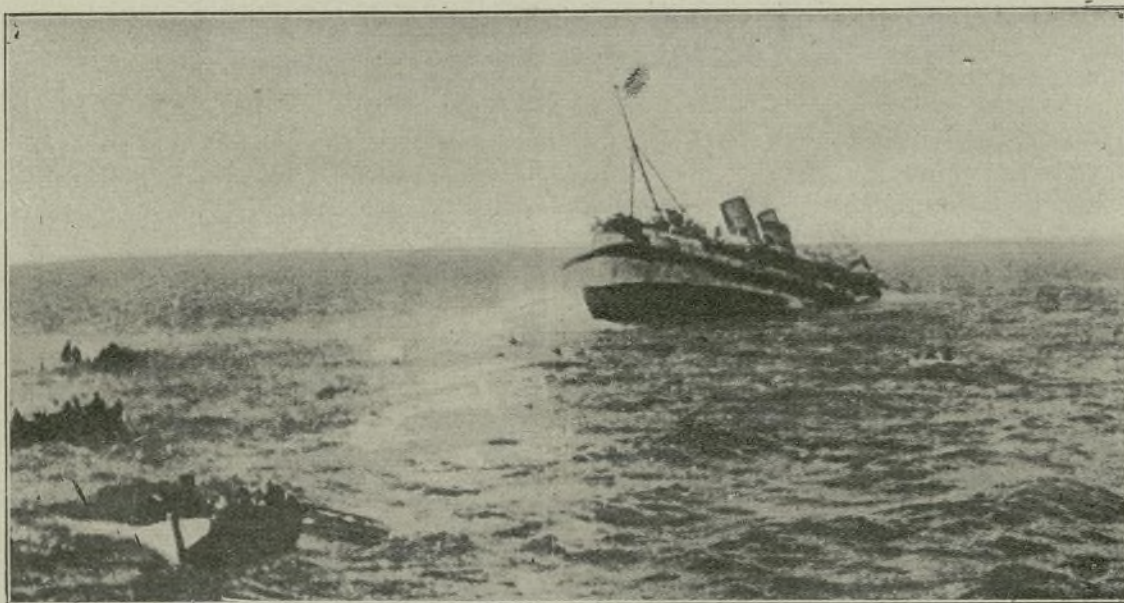
EL PANGERMANISMO

«¡Hay que acabar con el pangermanismo, con esa ansia de dominación universal que sienten los alemanes! ¡Confinense dentro de sus fronteras, y dejen al mundo vivir en paz! Todos los desastres que afligen al mundo provienen de la insaciable ambición alemana; ¿con qué derecho Alemania quiere imponer su opinión a los otros pueblos?»

Estas son las diversas formas de un solo tema, explotado hace algún tiempo por algunos escritores equivocados, pero que obran de buena fe, y otros muchísimos que son maestros en el arte de defender lo que no creen. Es el tópico de actualidad. Dedicémosle algunas palabras.

De pronto todo cambió. Francia e Inglaterra sacaron de las vitrinas en que guardaban los objetos apolillados, los conceptos de derecho, justicia, libertad y otras zarandajas, y Europa y América, que tantos y tan manifiestos motivos tienen de saber cómo entienden aquellas potencias los referidos conceptos se dejaron cautivar por la buena prosa y olvidaron los clamores que hacía algunos años se extendían en Francia e Inglaterra, a consecuencia de la ruinosa competencia que les hacía Alemania, y no se acordaron tampoco de aquella extraña alianza franco-anglo-rusa, cuyo objeto era visible hasta por los ciegos. Comenzó la campaña de prensa contra el imperialismo y el militarismo alemanes; hartóse por fin el público, desengañado también porque concluyó por convencerse de que tan buenos eran los unos como los otros; tras un breve compás de espera, apareció el tópico actual: el pangermanismo. ¿Quién lo ha lanzado a la palestra?

Los mismos alemanes, que aún no han compren-



El barco-hospital inglés Anglia en el momento de irse a pique en el canal de la Mancha por el choque con una mina

Ningún español, ni italiano, ni sueco, ni ruso, había advertido antes de la guerra que Alemania quisiera uncir al carro imperial a las demás naciones, ni había observado el más leve indicio de pangermanismo, tal como lo exponen los que creen que las guerras se ganan con la pluma y con un vocabulario monótono y frases hechas. Sí les constaba que las mercaderías, los capitales, los barcos y, en general, la actividad alemana iba suplantando a la inglesa y a la francesa; y la verdad es que todos nos alegráramos de este estado de cosas, porque los productos alemanes, sin ser peores que los franceses y británicos, resultaban más baratos, y muchísimo más agradable el trato con las casas alemanas, asequibles, llanas y dando toda clase de facilidades, que con las francesas, menos serias, y sobre todo con las inglesas, ensoberbecidas y complaciéndose en tratar a los extraños como si fueran sus servidores, cuando no mostraban desconfianzas irritantes por lo inesperadas. Era aquello una de tantas fases de la lucha por la existencia, que beneficiaba a quienes no podían competir con los grandes países industriales y mercantiles.

dido cuán importante es disfrazar los pensamientos, y que en estos tiempos de progreso y de adelanto, lo que importa no son los hechos sino el modo de decirlos, que la verdad no es lo que interesa, sino el ropaje con que se la disfraza. He aquí en pocas palabras cómo ha surgido el fantasma del pangermanismo.

Con ocasión de los rumores de paz que llegaron a repercutir en los Parlamentos de las naciones beligerantes, cada una de ellas definió su punto de vista. Los aliados insistieron en su eterna cantinela: no firmarían la paz en tanto el derecho no volviera a imperar, y la justicia no triunfara sobre la tiranía alemana y la libertad... En términos prosaicos: hasta que Alemania no quedara imposibilitada para *in eternum* de comprometer la solidez del comercio franco-británico. Los alemanes, más francos, se expresaron de otro modo: no envainaremos la espada, en tanto no tengamos garantías que hagan imposible otro ataque como el que se nos ha dirigido. En romance, quiere esto decir que Alemania desea anexionarse los territorios que juzga indispensables para hacer abortar, mediante una rápida ofensiva, cual-

quier acometida de una nueva confabulación de potencias. Pudo aplastar a Francia, cuando ésta se encontraba aislada y reñida con Inglaterra, y no quiso; pudo destruir a Rusia durante la guerra de 1904-05 y después, y tampoco aprovechó la ocasión; le fué fácil aislar a Inglaterra, y cometió la candidez de creer que podría ponerse de acuerdo con ella... Pasaron aquellos tiempos; en lo porvenir, Alemania quiere ser más previsora, no se fiará de nadie, y necesita tener en sus manos las puertas que conducen a los territorios enemigos. A eso se ha llamado [pan-germanismo] y sobre él se está especulando.

Y se ocurre preguntar: ¿Qué otra cosa ha hecho Inglaterra, no ya en sus fronteras, sino en el mundo entero, con las presas de Gibraltar, Malta, Chipre, Suez y mil puertos e islas más? ¿No domina Inglaterra a parte de Europa, un tercio de Africa, media Asia y un cuarto de América, sin contar casi toda la Australia? ¿No gobierna Francia enormes extensiones asiáticas, saneadas comarcas de América y otro tercio de Africa? ¿No asombran y asustan los avances rusos en Asia? Pues, si eso es lo que todos tenemos

tra posición. Aprovechándose de la política que seguíamos en Europa, concitó contra nosotros a grandes y chicos, hasta dar con nuestro poderío en tierra. Francia llegó un poco más rezagada, pero también contribuyó a nuestra caída, y no hay para qué recordar su actitud en los últimos tiempos, ni la fiebre que le ha entrado de extenderse en Africa y Asia. Pero mientras nosotros, con los portugueses, fuimos el dique de la invasión musulmana en Occidente, de la que sólo llegaron algunos chispazos al otro lado de los Pirineos, y los alemanes y húngaros detenían la ola mahometana en Oriente, y los prusianos y brandenburgueses ponían freno al torrente eslavo, salvando los tres pueblos a la civilización europea, ingleses y franceses en una posición mejor y más segura, se dedicaron a su engrandecimiento, hecho posible por la debilitación de las naciones periféricas en su larga lucha con las civilizaciones de Oriente.

Hoy, España ya no ocupa el primer rango; han desaparecido sus colonias y posesiones, no tragadas por el mar, sino por otros países. Aquel Imperio colonial era usurpado, no merecía el nombre de legí-



Entrada a una aldea en el frente del Duina, después de la retirada de los rusos

a la vista ¿a qué espantarnos, ni de qué irritarnos, porque Alemania quiera estar segura en su casa? Y si además quisiera extenderse en Africa o en Asia ¿no tendría el mismo derecho que los demás, el único derecho verdad, el de la fuerza?

Hagamos un poco de historia vulgar, de la que está al alcance de todas las personas, y no se presta a las mixtificaciones de algunos eruditos que ven en ella argumentos para sus teorías y no la maestra de los hombres y la fuente de la verdad.

En los siglos xv y xvi, España era la señora de la Tierra; sus navegantes y capitanes ensancharon los límites del planeta, y sus caudillos se pasearon por Europa. Nadie osaría poner en entredicho la legitimidad de sus conquistas en el Nuevo Mundo ni en el Norte de Africa, países a los que llevó, prescindiendo de muchos de los prejuicios equivocados de la época, la civilización de la metrópoli y una democracia por la que aún suspiran los indostanos, argelinos, senegaleses, etc., etc., de hoy. Inglaterra, que no tuvo el mérito ni la gloria de ser la primera, nos infirió todo el daño que pudo y supo; no siempre con la gallardía del guerrero, nos atacó y minó nues-

timo, dicen los que se lo repartieron después. Y pretenden que sus dominios actuales sean intangibles, sagrados, definitivos, que constituyan un estado de derecho inconcuso y permanente. ¿De qué argumentos disponen para sostenerlo y de cuáles se valieron para adquirirlo? De la fuerza, solamente de la fuerza; lógico es que a ella deban de atenerse y que reconozcan su supremacía y su valimiento, único.

Los rusos arrebataron la Polonia, con los prusianos y austriacos, a los polacos, y la Rusia meridional a sus legítimos poseedores; las presas de los franceses y los ingleses son incontables. ¿Habrán que extrañar que más tarde o más temprano se les aplique la ley del Talión? Es insostenible la teoría aliada de que el reparto actual de las tierras del globo es definitivo, que los anteriores eran injustos y lo serán los venideros; ello equivaldría a detener la evolución histórica, a paralizar la marcha de la civilización. Quien hoy posea algo hará bien con disfrutarlo y explotarlo, pero no apele a la justicia si mañana se le arranca lo que él a su vez arrancó antes a otro. Esta sucesión de dominadores y dominados es la

síntesis de la historia de la humanidad, sin que ahora se les ocurra a los actuales señores llamar legítimos poseedores a unos pueblos los que lo fueron e ilegítimos a los otros. Todos, aproximadamente, están en el mismo caso. Al que le duela, que se queje, pero no invoque los principios de orden moral en cuestiones prosaicamente materiales.

Si los alemanes son más fuertes, obrarán como sabios tratando sin complicaciones al vencido. ¿No anunciaron los aliados que querían disolver el Imperio y reducir la Prusia a la provincia del Brandenburgo? Pues ¿de qué se lamentan y por qué traen y llevan el pangermanismo? ¿Es que se quieren poner la venda antes de recibir la herida? Griten, vociferen y chillen, que nadie les hará caso, como tampoco lo haría a los lamentos y argucias alemanas; tal vez por esto, los alemanes dicen lo que piensan y los aliados no. Cuando tantísimas naciones sangran por las heridas que les abrió Inglaterra, es pueril y mueve a indignación y risa a un tiempo, que esta nación, con su flamante amiga Francia, se empeñe en cobijar bajo el manto del derecho su botín y lo declare sagrado; ¿lo fué para ella? Arrínconese, pues, la ridiculez del pangermanismo, y hablemos claro: está el mundo en guerra, y el que venza no hará ni más ni menos que lo que ha hecho todo triunfador: aplastar y arruinar cuanto pueda al vencido; y esto, con pangermanismo o no, con imperialismo británico o no, con nacionalismo francés o no, con paneslavismo o no y con irredentismo o sin él. El nombre no hace al caso.

.....

EL COMBATE DE HURTEBISE

(25 y 26 de enero, 1915)

(Por el Gran Cuartel General alemán).

A no mucha distancia del campo en que se rife-
ron los combates de los días 13 y 14 de enero, celebraron los sajones su día de honor, el 25 de aquel mes, a una jornada corta de Soissons.

La lucha se desarrolló en un terreno histórico, en la meseta de Craonne. La granja de Hurtebise, por la que franceses y rusos lucharon encarnizadamente los días 6 y 7 de marzo de 1814, hasta que los últimos la abandonaron después de incendiarla, constituye, también hoy quemada y totalmente destruida por la artillería francesa, un triste montón de ruinas detrás del centro de las posiciones alemanas de donde partió el ataque. Uniéndose a la granja por el Este y Oeste, seguían las trincheras alemanas el Chemin des Danes, camino trazado a lo largo de la meseta de Craonne y construido el año de 1770 para las princesas de Francia, por el dueño del inmediato y hermosísimo castillo de Le Bôve. Frente a las trincheras alemanas y cerca de ellas, había tres filas de trincheras francesas. La línea más avanzada de éstas se extendía, análogamente a lo que ocurría en Soissons, por el borde Sur de la meseta, formando una posición favorable para la acción de la infantería y la observación de la artillería. Además, el ala izquierda se apoyaba en una obra de tierra, fuerte y bien construida, y el centro disponía con la cueva de

Creute de un refugio, a prueba de bomba, para importantes reservas. Esa gran cueva, una de las muy numerosas de la cuenca calcárea de París, servía en tiempos a los habitantes, de bodega; más adelante la dedicaron a corrales y cuadras. En ella buscaron refugio, en 1814, durante la batalla de Craonne, amparándose del fuego de artillería. En la lucha actual de posiciones, un lugar de esa índole tenía verdadera importancia.

Había que arrancar a los franceses las posiciones mencionadas, con los reductos y las cuevas. Mandaba en jefe el general d'Elsa, y después de una preparación eficaz por la artillería, procedió al ataque, avanzando en toda la línea nuestra infantería, al mando de los generales von Gersdorff y von der Planitz.

En pocos minutos nos apoderamos del reducto y de la primera línea francesa, que ya había sido muy quebrantada por el fuego de nuestra artillería. Poco después, cayó también en poder de los alemanes la segunda línea. Siguió el ataque a través de la cueva contra la tercera y última posición del enemigo. En media hora se apoderó el asaltante del reducto y de las tres líneas, con excepción del ala izquierda de ataque, donde el adversario oponía tenaz resistencia. La misma cueva, que sólo tenía una estrecha salida hacia el Sur, continuaba también en poder de los franceses. Mientras nuestras tropas se instalaban, ya al Sur de la cueva, en las posiciones conquistadas, se rodeó la entrada de aquella y quedó batida por el fuego de las ametralladoras. Hasta media noche no se rindieron los 300 hombres que componían la guarnición allí encerrada. La lucha en el ala izquierda de ataque siguió hasta el 26 de enero a las 5 de la mañana. Para esa hora, quedó también allí rota definitivamente la resistencia del enemigo, y el atacante, en un frente de 1.500 metros, en posesión del objetivo que perseguía: las tres líneas francesas. Cayeron en poder de los alemanes 5 oficiales, 1100 individuos de tropa, 8 ametralladoras, un proyector y un gran depósito de material de zapadores que había en la cueva. Los defensores franceses que lograron escapar, huyeron por la ladera, y allí se hicieron fuertes, abandonando a los alemanes la meseta y con ella excelentes nuevas posiciones. Los prisioneros y muertos franceses—se calculan los últimos en 1.500, por los menos—llevaban los números de los regimientos 18, 34, 49, 143, 218 y 249. Todos ellos pertenecen al 18º cuerpo de ejército. Su gente, que en parte procedía de los Pirineos, se batió muy bravamente en la defensa. Pero a la larga no pudo tampoco resistir a la acometividad y al empuje de nuestras tropas.

Traducido por
GRAVELINAS

LAS DOCE AMIGAS

Zoya Smirnov llegó al Cuartel general directamente desde las posiciones avanzadas, donde había pasado catorce meses vistiendo el uniforme de soldado y peleando contra el enemigo exactamente lo mismo que los hombres.

Tenía solamente dieciseis años. Con el pelo a rape, parecía un muchacho, y únicamente revelaba su sexo una voz delgada y femenina.

Al principio, Zoya se mostró muy reservada; elegía cuidadosamente las palabras y replicaba con vaguedad a nuestras preguntas; pero después fué más franca y nos refirió toda su historia, que hizo asomar las lágrimas a muchos de los veteranos de luengas barbas que la escuchaban.

Ella y sus amigas decidieron ir a la guerra el 8º día de movilización, o sea a últimos de julio de 1914, y a primeros de agosto vieron satisfechos sus deseos.

Se reunieron doce muchachas, casi todas de la misma edad y de la misma Academia; naturales las más de Moskú y pertenecientes a clases de la sociedad muy diferentes, estaban firmemente unidas por el compañerismo escolar.

—Decidimos marchar a la guerra, a toda costa—dijo Zoya. No podíamos pensar en escapar de Moskú, porque nos hubieran detenido en la estación. Resolvimos sobornar a un cochero y trasladarnos a una de las estaciones de los suburbios, por donde no cesaban de pasar tropas. Por la mañana, temprano, salimos de nuestras casas sin despedirnos de nuestros padres, y partimos. Fué un paso terrible en los primeros días; estábamos muy tristes pensando en nuestros padres y madres, pero el deseo de ver la guerra y matar alemanes se sobrepuso a todo.

Alcanzaron el objetivo anhelado. Los soldados trataron paternal y decorosamente a las pequeñas patriotas, y ocultándolas en los coches las llevaron a la guerra. Se obtuvo un uniforme militar para cada una y llegaron a la frontera austriaca, donde se apearon del tren y marcharon a pie a Lemberg. Allí, los jefes del regimiento se enteraron de lo ocurrido; pero no consiguiendo persuadir a las jóvenes patriotas que regresaran a su hogar, les permitieron seguir en el regimiento.

Este atravesó toda Galizia; escaló los Cárpatos, participando en continuos combates, y las muchachas jamás se quedaron atrás, compartiendo con los hombres todas las privaciones y horrores de la marcha y cumpliendo los deberes diarios del soldado apenas se les enseñó a hacer fuego y se les dió un fusil.

Días y meses transcurrieron.

Las muchachas casi llegaron a olvidar el pasado. Nadie hubiera dicho que eran mujeres, porque se les puso un sobrenombre masculino y formaban mezcladas con los hombres. Los mismos soldados se constituyeron en guardianes de las chicas y procuraban que no les sucediese nada.

Las batallas en que se vió envuelto el regimiento fueron feroces y sangrientas, particularmente en la primavera, cuando los alemanes llevaron su artillería pesada a los Cárpatos y comenzaron a avanzar contra nosotros con su célebre falange. Nuestras tropas se encontraron metidas en un infierno, que no perdonó a las jóvenes voluntarias.

—¡Fué terrible!—dijo un oficial a Zoya—¿te asustaste?

—¡Sí! ¿Quién no se habría asustado? Cuando por primera vez rompieron el fuego contra nosotros con sus grandes cañones, varias de nosotras apenas pudieron reprimirse y comenzaron a gritar.

—¿Qué gritábais?

—Llamamos a mamá. Schura fué la primera, después Lida. Ambas eran de catorce años, y no cesaban de acordarse de sus madres. Creo que yo tam-

bién me puse a dar voces. ¡Todas gritamos! La verdad es que aquello fué espantoso, hasta para los hombres.

Durante uno de los combates nocturnos en los Cárpatos, una de las doce amigas, la niña de quince años Zina Morozov, fué muerta por una granada. El proyectil estalló a sus pies, y el pequeño cuerpo de la muchacha fué despedazado.

—No obstante, conseguimos reunir sus restos—dijo Zoya con una ténue inflexión de voz.—Al amanecer cesó el fuego y todas nosotras nos reunimos junto al lugar donde Zina había perecido, recogimos como pudimos sus restos y los enterramos en una fosa que abrimos en la tierra. En la tumba pusimos todos los efectos de Zina, tal como si ella los llevara. Después, la llenamos de tierra, y en la cruz que colocamos encima pusimos la siguiente inscripción: «Voluntaria de tal regimiento, Zina Morozov, de 16 años, muerta en batalla en tal fecha y año». Al siguiente día, estábamos muy lejos, y ahora no podría yo decir exactamente dónde se encuentra la tumba de Zina. Sólo recuerdo que está en los Cárpatos, al pie de un rígido escarpado de roca.

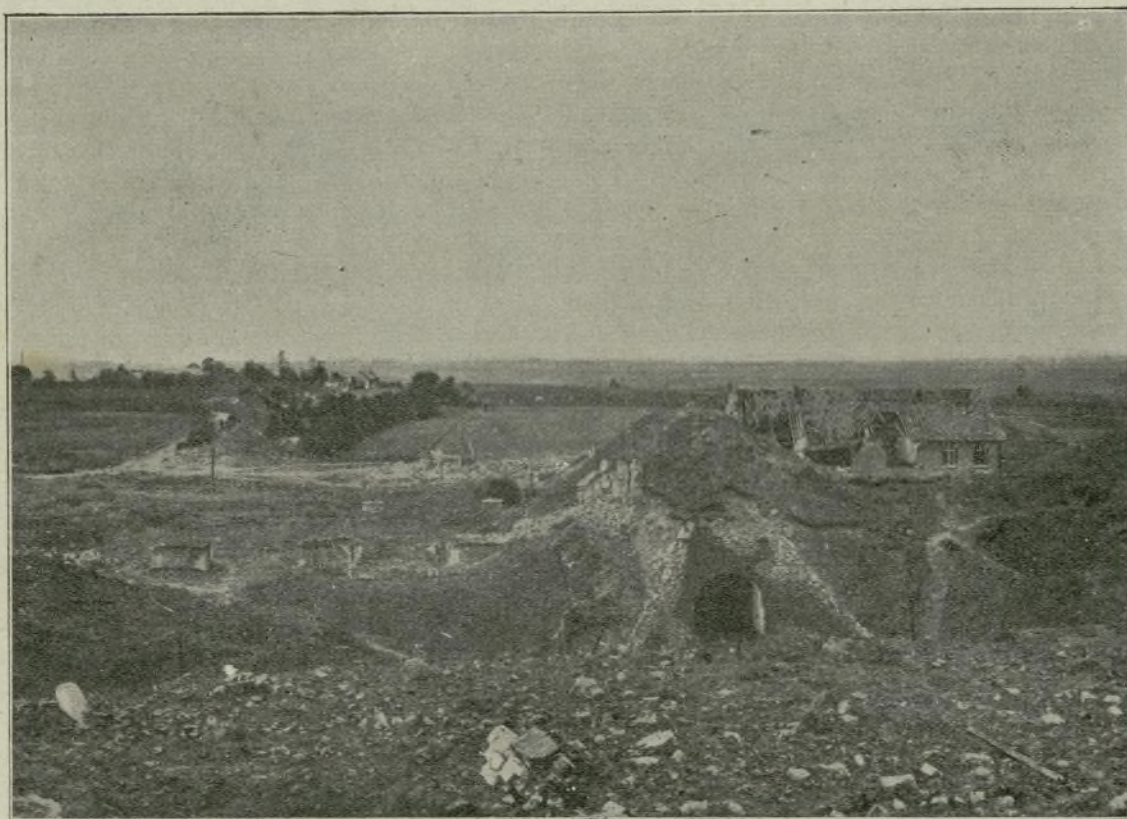
Después de la muerte de Zina, cayeron heridas otras de sus amigas. Nadya, Zena y la niña de catorce años Schura. Zoya fué herida dos veces, la primera en la pierna y la segunda en el costado. Ambas heridas fueron tan graves que Zoya permaneció sin sentido en el campo de batalla, y sólo por casualidad la descubrieron los camilleros. A consecuencia de la segunda herida tuvo que permanecer casi un mes en el hospital. Dada de alta, volvió a las posiciones, esforzándose en incorporarse a su regimiento, pero al llegar a las trincheras no pudo encontrar un solo regimiento conocido, ni un amigo; habían marchado a otro frente, y en aquellas trincheras se encontraban regimientos nuevos. La muchacha perdió su presencia de ánimo, y por primera vez en la campaña rompió a llorar, revelando así su edad y sexo. Sus camaradas quedaron atónitos cuando supieron que aquel sargento condecorado con la cruz de San Jorge y la medalla militar era una mujer. Pero la muchacha llevaba consigo todos los documentos necesarios, sin exceptuar el diploma que le daba derecho a usar la cruz de San Jorge, ganada por un atrevido y valiente reconocimiento, de modo que las miradas de compasión pronto se trocaron por otras de respeto. Por fin se consiguió que Zoya abandonara las trincheras, a lo menos en aquellos días de duros combates, y que entrara como enfermera en uno de los hospitales avanzados. Ahora está en el hospital divisionario de..... división, en el pueblo de K, a diez verstas de la ciudad austriaca de Z.

De las demás compañeras de su primer regimiento, Zoya no ha vuelto a tener noticias. ¿Qué les ha sucedido? ¿Continúan aquellas bravas muchachas rusas prestando desinteresados y heroicos servicios a su patria, o la tierra cubre sus cuerpos, como cubre los restos de la pobrecita Zina, que pereció tan gloriosamente en los lejanos Cárpatos? ¡Quien lo sepa!

(De *The Times*).

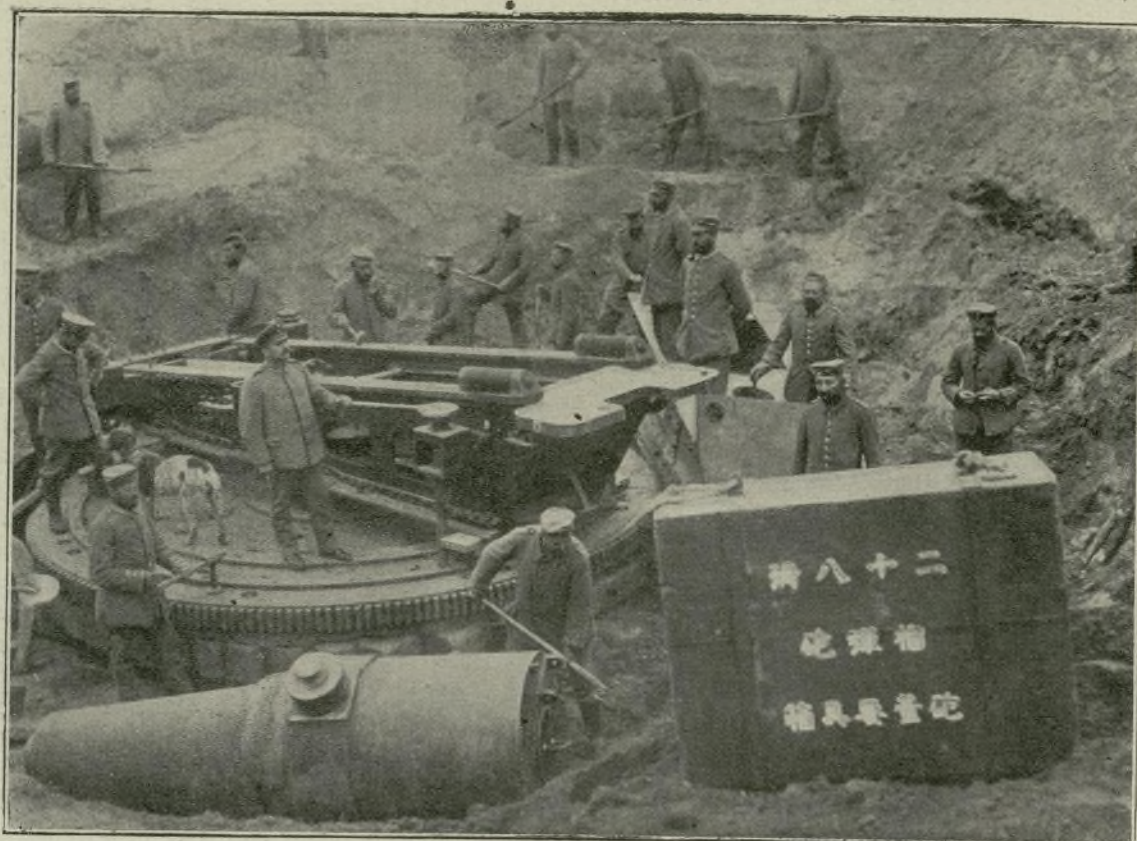


Vista de Soldau (Prusia Oriental) que está siendo rápidamente reconstruida desde la expulsión de los rusos



Vista parcial del campo de batalla de la Champaña

Ayuntamiento de Madrid



Mortero japonés de grueso calibre y caja de munición, que los rusos enterraron antes de la toma de Nowo-Georgiewsk



Desfile, en Bruselas, de un regimiento alemán de lanceros

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Que sea enhorabuena

(El señor B).—No me quisiera encontrar en la piel de los alemanes, después de las declaraciones del general inglés Mahon.

—¿Quién es el señor Mahon? Por ventura ¿el jefe de las tropas que gozan de las delicias de Capua, digo, de Salónica, sin pasar por Cannas, sino por Gallípoli?

(El señor B).—El mismo. En unas declaraciones, que han tenido gran resonancia, ha dicho que celebra mucho la ofensiva de los alemanes en el Oeste, porque revela que el osado teutón está entregado en cuerpo y alma a hacer la guerra, y se encontrará extenuado cuando los ingleses la empiecen a su vez, porque aún no la han empezado.

—También haría yo estas declaraciones si me encontrase como Mahon en la barrera. ¿Conque los ingleses no han empezado la guerra? Donosa confesión, que pondrá la carne de gallina al gallo francés y hará estremecer de frío al oso ruso. Y ¿de quién echarán mano para hacer la guerra? Franceses no quedarán, los pocos rusos disponibles andan perdidos por Van y Persia, y los italianos están desolados con el ojo de Annunzio.

(El señor B).—Los cuatro millones de ingleses que hay sobre las armas se bastan y sobran para destruir a los alemanes; será cosa de coser y cantar.

—De cantar, sobre todo; así espantarán sus males. Como no se valgan de los esquimales, no atino a comprender dónde encontrarán la carne de cañón que necesitan.

(El señor B).—Cuando llegue el momento, Inglaterra no necesitará la ayuda de nadie.

—Ese momento se parece mucho a la eternidad. No se le cae de los labios el «mañana», y mañana será otro día. Además, que sería cruel que permitiéramos la muerte de los ingleses. ¿Qué sería de los pueblos débiles sin ellos? ¿Quién protegería al Afgánistán y al Indostán y a media Africa y a toda la Oceanía y al Canadá? ¿No morirían de tedio Gibraltar, Malta, Chipre, Suez, Aden? ¿A cargo de quién correría la libertad de los mares? Inglaterra tiene que cumplir una gran misión en el mundo, mientras haya oro y comercio en él, y las Arcadias sólo son posibles en el magín de los poetas; se necesita que haya algunas alimañas.

(El señor B).—Donde están los alemanes, hasta las víboras huyen.

—A refugiarse en unos islotes célebres, a dónde atraen a sus presas, que acuden fascinadas por el sonsonete de las libras esterlinas y los discursos de sir Eduardo, que es como se llama mister Grey, el colega del ministro del Aire y del ministro del Bloqueo. Si cuando concluya la guerra nos da por copiar el sistema político inglés, no tardaremos en ser ministros V. y yo; V., ministro de la Buena Pipa, y yo ministro de Algeciras. ¿Quiere V. que le ofrezcamos algún cargo, señor A, cuyo sueldo lo paguen los ingleses en moneda extranjera?

(El señor A).—Les oigo a ustedes y me hago cruces de que se entretengan perdiendo el tiempo en sutilidades y discreteos, cuando tantas cosas graves hay en que pensar.

—Tiene V. razón; me olvidaba del famoso pasillo del fuerte Douaumont. Aquello sí que fué una habilidad suprema de ustedes. Dejar que los brandenburgueses se apoderaran del fuerte, para que ellos mismos se metieran en la trampa. He aquí una aplicación de los fuertes que no se les había ocurrido a los rusos ni a los belgas; ni a ustedes tampoco, señor A, no se dé V. tono.

(El señor A).—Buena suerte tuvieron los alemanes con encontrar el pasillo de comunicación; de lo contrario, hubieran caído en la ratonera, vivitos y coleando. ¡Maldito pasillo, por donde les llegaron municiones y víveres! Por eso pudieron sostenerse.

—¿No podrían transitar refuerzos por aquella comunicación? Fué un rompecabezas para mí aquella noticia que tranquilizó a la opinión francesa: «Los 400 brandenburgueses están encerrados en el fuerte, de donde no pueden salir, y sólo por un estrecho pasillo reciben víveres y algunas municiones». ¡Habriase visto cosa más rara! Pueden pasar hombres con proyectiles y con pan, y no pueden pasar hombres con fusiles. ¡Qué descansado se debió de quedar el buen *bourgeois* después de leer aquel disparate!

(El señor A).—¿Es serio, don Subrio, hacer hincapié en un suelto inocente de periódico? Aténgase V. a los partes oficiales, serios, elocuentes y veraces, que no inducen a error. Se fija V. en minucias y pequeñeces, y deja a un lado todo lo importante.

—Pero ¿hay algo importante en Francia, fuera del Marne? El bosque de X no tiene importancia; la aldea de Y, tampoco, la altura de Z, menos; el fuerte de V. ni por asomo; el reducto de U, ni pensarlo; lo posición de W,... ¡señor, señor! ¿Tanto ha descendido Francia que no hay en ella nada importante? Para que luego vengan Barrés y aquellos párvulos españoles, huéspedes del limbo, a corrompernos las oraciones. No me extrañará que el día menos pensado nos cuenten que París no vale ni siquiera una misa. ¡Ahí, ahí, esto es, a misa, es a donde debieran de ir los que no creen en la divinidad y creen en Maurras o en *Le Temps*!

(El señor A).—Déjese V. de divagaciones, y al grano. ¿Han tomado los alemanes Verdun? Tanto gallear, para nada; y aún hay tontos que les hacen caso.

—Permítame V. que lea unos datos: desde el 21 de febrero, 23.000 prisioneros, cerca de 200 cañones, casi 300 ametralladoras, cinco líneas atrincheradas, dos fuertes,...

(El señor A).—Hojarasca, pura hojarasca. Y de Verdun ¿qué me cuenta V.?

—No sé más que lo que dijo el subprefecto: que los alemanes disparaban sobre la plaza, sin que pudieran evitarlo todos los ejércitos y todos los fuertes y todos los cañones franceses.

(El señor A).—Responda V. categóricamente. ¿Ha caído Verdun?

—Por ahora sólo ha tropezado, pero tranquilícese V., porque caerá. Es natural, toda vez que a los franceses no se les ocurre nada más práctico para defenderlo que ocupar puntos, aldeas, pueblos, colinas y valles que no tienen importancia. Pronto tendremos noticias de otro desastre alemán; los diarios de París pondrán en grandes titulares: «Verdun ha caído. ¡Gran fracaso de los alemanes! Nuestra victoria final es segura».

(El señor A).—Milagro fuera que no diera V. rienda suelta a su fantasía, don Subrio.

—Esas titulares son las que están empleando todos los días desde el 22 de febrero: «Hemos perdido tal o cual posición. ¡Los alemanes han fracasado!» ¿No sería más propio que se limitaran a exclamar: «¡Hemos perdido el *oremus!*»?

(El señor A).—¿No tiene V. una palabra de elogio para el heroísmo de los franceses?

—Esperaba que antes elogiara V. el heroísmo alemán, porque si el defensor, en mayor número, en posiciones formidables, donde durante cuarenta años se han volcado todos los adelantos de la ciencia militar, y con un frente menor, se batían como héroes, pero retroceden, ¿cómo se batirán los alemanes? No será, creo yo, como los ingleses.

(El señor B).—No les ha llegado su hora; ya verá V. lo que es bueno, no lo dudo.

—¡Qué he dudarlo, hombre de Grey, si nunca lo he creído! Mientras haya castañas...

(El señor B).—¿Las sacarán los demás, no es verdad? ¡Vaya una gracia!

—No iba a decir semejante chiste, sino otro; mientras haya alguna castaña, los ingleses se la darán a sus aliados. ¿Está V. satisfecho con esta explicación?

(El señor B).—Menos mal que el señor A no le hará a V. ningún caso, sépalo V.

—Así le luce el pelo. Por cierto, que desearía me explicase V. esa nueva estrategia que han inventado los periódicos franceses; no sabía yo una palabra de ella.

(El señor A).—¿Cuál? ¿La de los contraataques? ¿La del fuego de flanco?

—¡No, señor, por Dios! La de la *infiltración*, empleada por los alemanes en el bosque de los Cuervos.

(El señor A).—Lo sabe el menos lince. Los alemanes atacaron en grandes masas y fueron segados por el fuego de nuestras ametralladoras; entonces se valieron de otro medio; de a uno o en pequeños grupos se metieron en el bosque, sin ser vistos ni oídos.

—¡Claro! Cayeron prisioneros ¿no es verdad?

(El señor A).—¿Cómo dice V.?

—Si los ataques en masa no dieron resultado, supongo que el atacar de uno a uno sería para que los apresaran los franceses. Lo extraño es que quienes cayeron prisioneros fueron las víctimas de los teutones. ¡Cuidado que adelantan las ciencias! Es un espanto.

(El señor A).—¿Qué es el bosque de los Cuervos? Nada, un bosquecillo vulgar, que no vale la pena.

—Estoy convencido de ello. Todo lo de Verdun que ha caído ya, y lo que no ha caído también, porque caerá, es una bicoca; lo interesante es el hoyo producido por la explosión, etc., etc.; como todo se pega menos lo bonito, hasta los rusos han dado en la manía de cultivar literariamente esos hoyos, que más que hoyos me parece que son fosas.

(El señor A).—Verdun será la tumba definitiva y real de Alemania.

—Tumba de exportación, desde luego. ¡Qué triste debe de ser morir en país enemigo! Y cuánto más noble y más *intelectual* perecer en el país propio, invadido y con la pesada bota del invasor sobre el cuello. ¡Oh, la delicadeza de los sentimientos!

(El señor A).—Delicadeza en la que llevamos mucha ventaja sobre los alemanes.

—Muy cierto, porque los franceses fallecen en su patria cuando los alemanes les meten en ella, sin perjuicio de buscarse tumbas en otra parte, cuando esta parte se llama Grecia. Qué deseos me dan de gritar, ¡Vive l'égalité!

(El señor A).—Me ataca V. los nervios, don Subrio, con esas majaderías.

—¿Prefiere V. que le ataque a la bayoneta o con gases asfixiantes? Yo, a mi vez, admito todos los ataques, menos los de los *plumíferos*. ¡Qué mal olor despiden!

(El señor A).—En resumen ¿le parece a V. que lo de Verdun es moco de pavo?

—Al contrario, si V. está satisfecho, yo también lo estoy. Era hora de que nos pusiéramos de acuerdo. ¿Que cae un fuerte o se pescan mil o dos mil prisioneros con su aditamento de cañones? V. exclama: ¡Gran victoria!, y yo también. V., al frente de unas cuantas docenas de oradores y *plumíferos* irá a inscribirla en el Arco de Triunfo de l'Etoile, al lado de la de Bailén (!!!)—no dirá V. que no tiene tupé en el cerebro del mundo o del demi-monde,—y mis amigos recaudarán las contribuciones. Decididamente, señor A, que sea enhorabuena; y que se la pueda dar hasta el fin de la guerra.

SUBRIO ESCÁPULA

LOS TRES HABITANTES DE VERDUN

El corresponsal de la prensa británica en el ejército francés, envió a los periódicos de Londres la siguiente descripción de la vida en Verdun, que es interesante, a pesar de ciertas apreciaciones, muy en boga, en los países aliados, pero que no están justificadas y que omitimos.

Había estado en Verdun precisamente hace seis semanas, y el cambio en la ciudad es uno de aquellos milagros que la presente guerra nos ha acostumbrado a mirar como hechos vulgares. Verdun está despoblado. No hay una tienda abierta. Sólo permanecen aquí tres ciudadanos, y los tres están orgullosos de su valor, no abandonando la ciudad bombardeada.

Acabo de pasar por la calle principal. Reina por doquier un silencio profundo, sólo interrumpido por las explosiones de los grandes proyectiles y el silbido de los cascos que azotan los tejados. Todos los géneros de los escaparates han sido retirados, especialmente los que podían convenir al soldado en las trincheras, y ahora cuando uno se pasea por la calle Mazel sus pasos se interrumpen con frecuencia. Se percibe una especie de viento en el aire, e instintivamente se acerca uno a la puerta más inmediata, refugiándose en el quicio. Enseguida se oye la explosión, y uno puede continuar su camino.

En la calle Mazel encontré a uno de los tres habitantes de Verdun. Estaba en su puerta contemplando lo que sucedía, se sonreía, y me miraba muy satisfecho cuando yo me acerqué a la puerta bajo el efecto del ruido de la explosión. «Busca V. refugio en la acera peor de la calle. La izquierda es la mejor para evitar los cascos, porque es del lado de donde

disparan los alemanes. Es inútil que busque V. un abrigo, porque cuando se oye la granada el peligro ha pasado».

Mientras nos dirigíamos por las solitarias y empujadas calles hacia la Catedral, llamó nuestra atención un extraño sonido, penetrante, que contrastaba con el continuo fragor de las explosiones. Era un minino que maullaba lastimeramente en el piso bajo de la casa. Sin duda había sido olvidado en el momento de la evacuación; el propietario cerró las puertas y ventanas, sin acordarse del pobre animalito que se moría de hambre.

Inmediatamente se formó una partida de salvamento por Mr. Georges Scott, el conocido artista, que ha sido movilizadado como cazador alpino, montado sobre mis hombros y esforzándose en abrir la ventana con un palo. Pero sus esfuerzos fueron vanos, y la vida del gato hubo de ser salvada por los bomberos de Verdun, que invitados por nosotros entraron en la casa.

Varias granadas de gran calibre han caído cerca de la catedral. Una de ellas ha destruido una escuela de niñas y otra ha puesto en dispersión los efectos de una tienda que vendía ornamentos y emblemas religiosos. Por causas ignoradas, un sombrero de cura yacía patéticamente encima de los restos, y detrás, contra un muro, había escapado de la destrucción una estatuilla de Juana de Arco, que sufrió el bombardeo sin recibir ningún daño.

Las palomas, que volaban asustadas formando círculos por encima de la Catedral, parecían muy

disgustadas del bombardeo. Es regla general que los pájaros consideran un bombardeo como un cataclismo natural, al que han de resignarse porque es inevitable. Las palomas de Verdun no se han acostumbrado todavía al ruido del cañoneo alemán.

A despecho de las granadas alemanas, los gendarmes de Verdun vigilan escrupulosamente la población. No hay pillaje, y los refugiados que, en sus prisas, huyeron dejando abiertas las puertas y ventanas de sus moradas, pueden dormir tranquilos sobre la suerte de los efectos abandonados en sus casas, excepto cuando un proyectil enemigo las visita. Al lado mismo de una de las puertas de la ciudad, hay una casa cuya puerta y ventanas están abiertas. Parece que en el momento de la evacuación, el propietario celebraba algún fausto acontecimiento; mirando por la ventana, se ve una mesa puesta para dieciséis personas y todo preparado para una opípara comida. Hay un hermoso y limpio mantel con servilletas para todos los convidados. Botellas de vino, tinto y blanco, junto a cada plato. Montones de naranjas y manzanas están esperando a los comensales, que probablemente ya no las comerán.

En estos momentos esperamos que los alemanes nos permitan salir de Verdun. Entre tanto los impresionadores de películas han fotografiado todos los rincones de Verdun, y su única pena es que ninguna granada haya estallado lo bastante cerca para que la explosión quede impresionada en las cintas cinematográficas.

CRÓNICA MILITAR

I. Consecuencias inmediatas de los ataques a Verdun.—II. Adopción de los cascos de acero por el ejército inglés.—III. Los dos objetivos alemanes en Verdun.—IV. La situación el 19 de marzo

I.—Consecuencias inmediatas de los ataques de Verdun

Se van haciendo crónicos los combates en Verdun; el ejército atacante no ha interrumpido su cadena de pequeños éxitos, pero éstos tienen lugar a intervalos más largos y requieren una preparación más intensa y un esfuerzo más enérgico que los primeros. Era natural que así aconteciese, toda vez que ya hice notar en otras ocasiones que la fuerza de resistencia de los frentes alemán y franco-inglés, era tal, que si la decisión no sobreviniera en poquísimos días fracasaría el ataque; limitado perfectamente el sector de combate, y habiendo podido el defensor reunir las fuerzas y el material necesarios para hacer frente a las acometidas del adversario, la situación de éste empeora a medida que se fortalece la del otro. Esta observación, que es de carácter general, se aplica aún más a Verdun, que es el lugar más fuerte de todo el frente. No quiere esto decir, sin embargo, que los alemanes hayan suspendido su actividad en aquella región, ni siquiera que la vayan a suspender. Dada su tenacidad y perseverancia, cu alidades que tanto han intervenido en sus victorias, es de creer que no cejarán hasta que la fortaleza caiga, o hasta que un ataque del adversario en otro punto

lleve su atención a otro lugar, o bien hasta que un posible descuido de los franceses les invite a ejercer presión en una zona diferente de la actual. Pero las operaciones alrededor de Verdun no tienen ya hace días el carácter de batalla, que revistieron en los primeros momentos, sino el de combates parciales y aislados, aunque obedeciendo a un plan general, que se desenvuelven bajo la protección del fuego de artillería y a medida que ésta limpia de estorbos el camino a recorrer.

Del 22 al 29 de febrero, la situación no se había despejado; el mando francés llevó a Verdun los refuerzos que consideró indispensables, pero no su reserva general, porque como las defensas de la plaza eran formidables y podían aguantar algunos días, no era conveniente desguarnecer otros puntos más débiles, antes de que el enemigo hubiera revelado a las claras sus propósitos. El 1.º de marzo quedaron disipadas todas las dudas, y entonces se encaminaron a Verdun, no ya tropas en cantidad suficiente, sino artillería pesada en abundantes proporciones; estas piezas se han ido montando poco a poco, y tiende a establecerse el equilibrio entre las dos armas adversarias, de suerte que a la alemana le es mucho más costoso que al principio obtener la superioridad necesaria para que sea posible el avance de la infan-

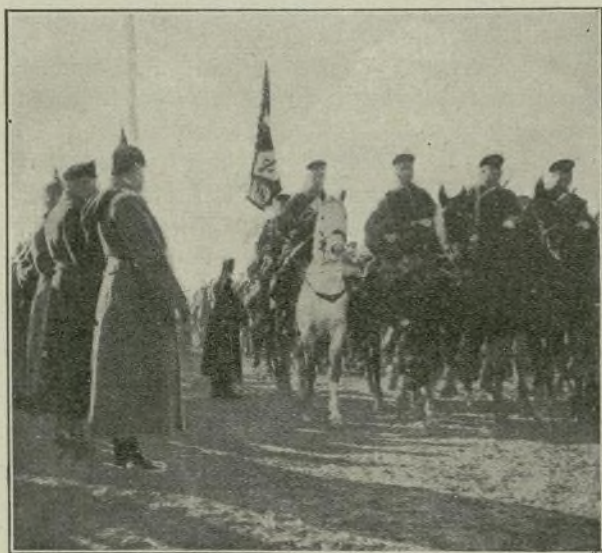
tería. Tal es, según todas las probabilidades, la causa que ha engendrado la evolución del método alemán, desde el ataque resuelto de últimos de febrero al avance metódico y lento de la primera quincena de marzo.

Se advierte desde luego por parte del atacante el propósito resuelto de economizar vidas en estas operaciones. Al contrario de lo que se ha venido diciendo, no han tenido lugar ataques en grandes masas,



De la visita del Kaiser a Nisch: El Kaiser hablando con el generalísimo búlgaro Chekov, y el Czar Fernando departiendo con el mariscal Mackensen

densas y profundas, contra obras de fortificación permanente y líneas atrincheradas sin quebrantar, ni se ha intentado la conquista de la robusta fortaleza por un simple ataque a viva fuerza. De la misma



Desfile de un regimiento búlgaro de caballería ante el Kaiser

manera que los franceses avanzaron, cuando la batalla de la Champaña, con facilidad y cogieron muchos prisioneros, gracias a la destrucción de las posiciones alemanas por la artillería del ataque, los alemanes han obtenido ventajas de consideración en

Verdun siguiendo idéntico método. Sólo que en esta última ofensiva se han evitado dos imprevisiones en que incurrieron los franceses: de algo ha de servir la experiencia de la guerra. Fué la primera el intento de avanzar a viva fuerza contra las posiciones alemanas de segunda línea que estaban intactas, ataque en el cual los franceses experimentaron las más de sus bajas y que les desorganizó, obligándoles a detener su ofensiva en el acto; y la segunda el no haber acumulado la cantidad necesaria de artillería pesada, o de municiones, que esto aún no se sabe, para proseguir el esfuerzo después de logradas las primeras ventajas. En Verdun se ha visto que los alemanes no lanzaban sus infantes al asalto sino después de haberles allanado el camino su artillería, y que la dotación de ésta, en grandes calibres, era superior a cuanto hasta ahora se había hecho.

No debe deducirse de lo que antecede que la situación creada en Verdun sea un mero incidente en la general de todo el frente, ni que su única trascendencia se haya reducido a poner en manos de los alemanes unos 400 kilómetros cuadrados de terreno que antes ocupaban los franceses. El resultado estratégico es de consideración y quedará expuesto en pocas líneas.



Los generales Pflanze-Baltin y Strauszemberg, en el frente de Galizia

Dada la forma general del frente, desde los Vosgos al mar, el Artois es la región que ofrece más peligros para los alemanes; y considerando la densidad de ocupación de las líneas, el lugar más temible se encuentra en Ipres y un poco al S., donde están reunidas en estrecho espacio muchas divisiones inglesas. En otro concepto, una de las contingencias peores para los alemanes es la comunidad de acción de franceses e ingleses, porque si tal ocurriera, nacería la emulación en las tropas de las dos naciones, tropas cuyas cualidades nacionales se complementan. Por consiguiente, el Artois y la parte meridional de Flandes es el sector a que más han de atender los alemanes, tanto más, porque está situado en el flanco del resto del frente, y un éxito en aquella parte obligaría al repliegue en el Aisne y en Champaña.

Del lado de los aliados, dije ya en otra *Crónica*, que el peligro mayor estaba en Verdun, y en segundo término en el Oise.

Sentado esto, aquel de los dos beligerantes que primero ejercitara la iniciativa, descartaba los peligros que se cernían sobre él y los desataba sobre su adversario. Este objetivo por sí solo, justifica el ataque a Verdun, y más aún si como creo la guerra ha de reanudarse pronto en Rusia. Golpeando contra Verdun, el centro de gravedad de las tropas francesas se ha trasladado hacia el E. descongestionando las masas de segunda línea que había en Artois, y dejando a los ingleses sin la poderosa cooperación francesa en caso de ataque. Pueden siempre los ingleses, puesto que disponen de fuerzas para ello, emprender por sí mismos la ofensiva, pero es bien sabido que los alemanes, que tienen en mucho al ejército británico cuando se bate a la defensiva, no le temen con exceso si se aventura fuera de sus líneas. Conocían perfectamente los franceses las ventajas y los defectos del frente general, como lo demuestra la persistencia de sus ataques en Artois; en ellos tomaron parte, un poco más al N., ya en Flandes, los ingleses, pero con poca habilidad; era de esperar que en una nueva tentativa el ejército británico se conduciría con más acierto, y que llegara a hacerse crítica la posición de los alemanes, a menos de tener muchas tropas inmovilizadas desde el Somme al mar. Atacando a Verdun, estos peligros desaparecen en gran parte, y la presión sobre la gran fortaleza pone en condiciones de mucha mayor seguridad a todo el resto del frente, facilitando también la ofensiva alemana en otro punto del mismo teatro, si ello entra en los planes del alto mando. Claro es que estando suspendida la espada alemana sobre el eje de toda la línea de los aliados, éstos han de meditar mucho antes de emprender operaciones en grande escala, de donde se infiere que con las batallas de Verdun el invasor se ha adelantado a la anunciada ofensiva de los aliados en la primavera, moviéndoles a modificar sus preparativos y rompiendo la unidad de acción de ingleses y franceses. Si este éxito estratégico habrá de repercutir en el mismo frente del oeste o serán los rusos quienes toquen sus consecuencias, no se puede prever en el momento que escribo estas líneas: 13 de marzo.

II.—Adopción de los cascos de acero por el ejército inglés.

Después del ejército francés, el inglés ha adoptado los cascos de acero como cubrecabezas. Ello indica el buen resultado que dieron a los franceses, que han extendido su uso a todas las tropas de primera línea.

Han usado los ingleses los cascos por vez primera en los combates que han tenido lugar en la región de Ipres desde mediados de febrero; no han sido importantes esas luchas, ni en ellas han intervenido fuertes efectivos, pero de todos modos la prueba ha sido concluyente. Por el cuerpo de sanidad se han examinado las heridas de los lesionados, y se ha comprobado que la casi totalidad de los balazos dirigidos a la cabeza han resbalado a lo largo del casco o, cuando más, han producido heridas contusas. Sólo se han registrado algunos casos de penetración. De la impresión dejada por las balas y cascos de granada en los cascos se deduce que las heridas que hubieran producido, de no interponerse la cubierta de acero,

hubiesen sido mortales o extremadamente graves, por lo que deduce aquel cuerpo que los cascos han salvado muchísimas vidas. Esta es una enseñanza concluyente, que corrobora la mucho más amplia, y acreditada ya por el tiempo, procedente del ejército francés.

Es prematuro, sin embargo, asegurar que el casco de acero tendrá la misma buena aplicación en una campaña activa, de maniobra. En la guerra de trincheras, la parte del cuerpo casi exclusivamente expuesta a los balazos es la cabeza, y los proyectiles llegan con trayectorias tan ténsas que se facilita el resbalamiento tangencial sobre la superficie del casco, salvo en el caso de herir normalmente el centro correspondiente al punto medio de la frente. Contra los cascos de granada la protección no es tan eficaz. Pero esta ventaja, interesantísima en la guerra de trincheras, no sólo porque el hombre está resguardado por la masa de tierra, sino porque los ataques sólo obligan a recorrer estrechas zonas, que casi nunca exceden de 200 metros, lleva aparejados algunos inconvenientes: aumento del peso sobre la cabeza, que es un entorpecimiento para marchas largas, extraordinario calor recogido por las superficies metálicas bañadas por el sol; coste muy superior al de los cubrecabezas ordinarios. En climas templados o cálidos, es de creer que el casco de acero no diera buenos resultados, ni tampoco durante la estación estival, y mucho menos en una campaña de movimiento. De todo esto se infiere que sería un error adoptar con carácter de generalidad la nueva prenda, pero sí que es muy conveniente tener prevenido un cierto número de cascos, para dotar con ellos a las tropas de guarnición de las posiciones atrincheradas, bastando que los tuvieran las que cubren la línea avanzada, más inmediata al enemigo.

III.—Los dos objetivos alemanes en Verdun

Resumiendo lo que he dicho en otras *Crónicas* acerca de los probables objetivos que perseguían los alemanes con los ataques a Verdun—prescindiendo del efecto moral que los resultados de la batalla ejercieran sobre los dos pueblos—recordaré que la finalidad era doble: romper la base en que apoya toda la línea franco-británica, para obligar al adversario a la retirada en casi todo el frente; y atraer la atención de los franceses hacia Verdun, moviéndoles a llevar sus masas de reserva hacia el E., con menoscabo de los propósitos ofensivos que pudieran acaso abrigar en otros sectores del frente. El primer objetivo era por su naturaleza ofensivo; el segundo defensivo, previsor, en vista de ataques que se pensara desarrollar en algún otro teatro de la guerra.

Si Verdun hubiera caído a los ocho o doce días de iniciado el ataque, forzosamente el frente francés se habría dislocado, porque estaban en plena ejecución los traslados de tropas de un punto a otro, no se había declarado la finalidad del ataque alemán, y el mando francés, acosado todavía por la duda, no había tomado una resolución definitiva ni podido inclinarse a un plan determinado. Coincidiendo con el retroceso apresurado de la línea francesa, a posiciones de retaguardia aún no completamente preparadas para una nueva resistencia, una violenta ofensiva de los alemanes en Champaña, en el Somme o en Artois, hubiera provocado fatalmente una de dos

medidas: la evacuación precipitada de todo el territorio, hasta conseguir los franceses ponerse fuera del alcance del ejército enemigo—repitiéndose la rápida retirada al Sena y Marne en agosto y primeros días de septiembre de 1914,—o la aceptación de una batalla decisiva, de maniobra, que podría haber precipitado la conclusión de la guerra; la lucha de trincheras, en tal caso, habría desaparecido para siempre.

Los alemanes no han logrado resolver el problema de Verdun con la premura que les hubiera convenido para obtener este primer fin estratégico; acaso no lo abrigaron nunca, porque para desarrollarlo era menester disponer de una fuerte masa de tropas de reserva en alguno de los sectores al O. de Verdun, con la que llevar a cabo el empuje final. Contaran con ella o no, es lo cierto que la lentitud con que se desenvuelven las operaciones en la región de Verdun ha dado tiempo más que sobrado al defensor para terminar todos los preparativos que requiere un retroceso a un frente más al S., de modo que el repliegue se pueda efectuar mediante un simple combate de retaguardia; en tal hipótesis, estarían entregados ahora los franceses a una labor de preparación análoga a la que llevaron a cabo los alemanes después de la batalla de San Quintín, cuando durante su avance al Marne dejaron en el Aisne varios batallones de zapadores que atrincheraron las posiciones que desde entonces ocupa el ejército invasor. La caída de Verdun, si tiene lugar, significaría entonces una pérdida de terreno, la entrega a los alemanes de algunas regiones más, pero no una derrota decisiva, ni siquiera un grave descalabro estratégico. En este concepto, el plan alemán—si realmente el ataque a Verdun era el primero y obligado paso para llegar al fin de la guerra en el Oeste—puede darse por fracasado, sin perjuicio de que el efecto moral, que ni puede preverse ni anticiparse, pueda ser de consideración.

Es probable que en los primeros días el alto mando alemán abrigara la esperanza de conseguir plenamente el objetivo indicado, pero en vista de la tenaz resistencia de los franceses lo abandonara, por el deseo de no padecer demasiadas bajas, limitándose desde primeros de marzo a lograr la ventaja importantísima de apoderarse del más fuerte baluarte de la resistencia francesa, que facilitaría otra ofensiva posterior.

El segundo objetivo, que tendía a dar mayor seguridad a las líneas alemanas, está conseguido ya. Los franceses no pueden desatender en lo sucesivo la fortaleza de Verdun, aunque se suspendieran los combates a su alrededor, y por lo tanto se les dificulta la ofensiva en otro lugar. La posibilidad de esta maniobra recae casi exclusivamente sobre los ingleses; aunque hace tiempo se jactan de que en la primavera se encontrarán éstos en disposición de atacar a los alemanes, es muy dudoso que sin la cooperación íntima y eficaz de los franceses, se decidan a un esfuerzo energético y a fondo.

Como síntesis se puede concluir que las operaciones de los alemanes en el Oeste, lejos de indicar que se ha abandonado todo pensamiento ofensivo en otro teatro, lo corroboran, y que su consecuencia inmediata es que el invasor ha querido y logrado descartar el peligro que le amagaba de un avance

combinado de ingleses y franceses contra sus líneas del Oeste; aunque este ataque se emprendiera por fin, no podría tener el empuje que hubiera revestido sin la amenaza, siempre pendiente, sobre Verdun.

IV.—La situación el 19 de marzo

En el Africa Oriental alemana, los ingleses han cruzado la frontera no lejos de la región del Kili-mandiyaro y avanzan hacia el interior, después de derrotar al destacamento que se opuso a la invasión. Esta no tropieza por ahora con serias dificultades. La beligerancia de Portugal, cuya colonia forma la otra frontera, precipitará sin duda el término de la campaña emprendida por el general Smuts.

En Armenia los rusos han ocupado la ciudad de Mamachatan, 90 kilómetros al O. de Erzerum; no se sabe que hayan avanzado más en dirección a Trebisonda, por el litoral del mar Negro. Tampoco se han declarado nuevos progresos en Persia. Los turcos guardan silencio sobre esas operaciones; parece extraño que no hayan enviado tropas a esa región, sobre todo a la de Trebisonda y Mamachatan. El dominio del mar Negro ha de ser muy ventajoso a los rusos, si los turcos no se apresuran a atajar el victorioso avance del invasor, que tal vez obra con demasiada imprudencia dando a su frente de batalla una extensión enorme.

Se ha confirmado la derrota del general Aylmers, cerca del Tigris. Lleva sitiado el general Townshend más de tres meses en Kut-el-Amara, y también sorprende que en este tiempo los ingleses no hayan podido organizar un fuerte ejército de socorro; si los refuerzos turcos han comenzado ya a llegar a Mesopotamia, no se explica tampoco la inactividad que reina en Kut, puramente bloqueado. Los periódicos ingleses parecen confiar en los rusos para libertar al general Townshend y apoderarse de Bagdad. Este conjunto de hechos y esperanzas forman una situación confusa, que ni la falta de caminos, ni la escasez de agua bastan a explicar. No parece sino que turcos e ingleses emprendieron aquella campaña con la despreocupación que se acomete una aventura, y no con la preparación de todo plan militar.

La misma tranquilidad de siempre en Salónica; sin duda para que no se repatrien tropas inglesas ni francesas, los búlgaro-alemanes han enviado algunas patrullas que han sostenido insignificantes escaramuzas cerca de la frontera griega.

De Albania llegan pocas noticias; de las últimas recibidas, se deduce que los austriacos están a unos 20 kilómetros al N. de Valona; numerosos contingentes albaneses han sido organizados militarmente y han comenzado a pelear al lado de los búlgaro-austriacos; Valona está también amenazada desde el E.

Sea por el deseo de contener el avance enemigo en Albania, llamando la atención en otra parte, bien para no incurrir en las censuras que a una parte de la opinión francesa inspiró la pasividad de los ingleses, o por otro motivo, los italianos han atacado por quinta vez en la región del Isonzo, con el mismo desgraciado éxito de las anteriores. Es de suponer que los combates se prolongarán días y días, aunque con menos intensidad, hasta desaparecer poco a poco sus referencias de los partes oficiales.

En Rusia, los cañoneos intermitentes y las luchas de avanzadas y exploradores, a que ha quedado reducida la guerra desde el último fracaso de los moskovitas en el Strypa y el Dniester. Se insiste en que los alemanes reanudarán pronto las operaciones activas, sin otro fundamento que el de acercarse la buena estación. Sigo creyendo que aquel teatro presenciara hechos de gran resonancia, antes de que llegue el verano, pero para ello es menester que los aliados queden reducidos a una persistente defensiva en el frente occidental, es decir, que se les ponga en una situación más débil que la que ahora ocupan.

La artillería sostiene un fuego más intenso que antes en la región del litoral del mar del Norte y en Flandes; nada digno de mención ha ocurrido desde el Somme a Ipres, ni en los sectores de Soissons, Champaña y Argona, pendiente como está el desarrollo futuro de la guerra de lo que acontezca en el frente de Verdun.

En el sector de Verdun hay confusión y contradicción de noticias respecto de los últimos avances alemanes. En el Oeste del Mosa, insisten los últimos en que se han apoderado de la altura del Mort-Homme, que es la llave de aquel conjunto de posiciones avanzadas, mientras que los franceses niegan en redondo aquel hecho. Lo más probable es que los alemanes se hayan establecido sólidamente en el extremo Norte de la meseta que forma el Mort-Homme, y que los franceses se sostengan en la parte S., que es la dominante y está unos veinte metros más alta que la N. De todos modos, este avance alemán, que como los anteriores, marca un paso más en la conquista del campo atrincherado, demuestra que los franceses están reducidos a la defensiva y que su potencia ofensiva es inferior a la del atacante. En la orilla oriental se ha combatido de nuevo, con tenacidad, al S. del fuerte de Douaumont y al O. del pueblo de Vaux, ocupado en parte por los alemanes y en uno de sus extremos por el defensor.

Estas operaciones en Verdun, por consiguiente, aunque no se han interrumpido, no se desarrollan con la rapidez de las de los primeros días. Se trata en realidad de un verdadero sitio, de un ataque paso a paso, en que los grandes calibres de artillería desempeñan la parte principal. Mientras duren estas batallas, les será difícil a los franceses apartar su atención de este sector, y por consiguiente, se encontrarán en malas condiciones para intentar una ofensiva en otro

punto del frente. Es de suponer que en previsión de que caiga la fortaleza, se habrán emprendido obras de refuerzo en el campo atrincherado de Toul, para protegerlo contra un ataque de revés, toda vez que hasta ahora estaba organizado para resistir con preferencia una acometida procedente del E., y si cae Verdun sobrevendrá el peligro de que los alemanes, envolviendo Toul, la expugnen por el lado más débil.

No hay que olvidar, en efecto, que si Verdun es el punto de apoyo oriental del frente general de batalla, lo es también de la cortina de fortalezas francesas del N. E., constituyendo así el eje o centro de toda defensa. Por eso resulta algo extraño que los franceses no realicen un violento esfuerzo para arrojar a los alemanes y devolver a la fortaleza la seguridad que ha perdido y está perdiendo.

En la frontera de Lorena, ha habido algunos combates, favorables a los alemanes, que tal vez denoten la concentración de fuerzas invasoras en esa región, para completar en su día los resultados de la toma de Verdun, con una maniobra dirigida más al Sur.

En el momento de cerrar esta *Crónica*, se recibe la noticia de que los rusos han atacado con grandes fuerzas la línea del Dvina, en la región de los lagos que hay al S. de Dvinsk, habiendo sido sangrientamente rechazados en todos los puntos. Como se preocupaba la opinión militar rusa de la probabilidad de una ofensiva de los alemanes en este sector, pudiera ser que ese ataque obedeciera al deseo de anticiparse al del enemigo, para obligarle a modificar sus planes; han demostrado repetidamente los alemanes, sin embargo, que tales incidentes, no han alterado jamás sus planes.

Trebisonda ha sido bombardeada con insistencia por la flota rusa del mar Negro. Si no acuden pronto refuerzos turcos, en número crecido, a la región del litoral, aquel importantísimo punto no tardará en caer en manos de los rusos, con sumo perjuicio para las operaciones sucesivas de los turcos y privándoles de una gran fuente de recursos de todas clases.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

20 de marzo 1916.